

## Sabato: una vida del siglo<sup>1</sup>

VICENTE ROBALINO

Pontificia Universidad Católica del Ecuador

### RESUMEN

En este artículo el autor reflexiona sobre la presencia del mal, considerado como actitud transgresora, en los personajes que pueblan el universo narrativo de Sabato, especialmente en Alejandra y su padre, Fernando Vidal Olmos. Además, para ampliar esta concepción del mal en la ficción sabatiana, se recurre a las fuentes críticas.

PALABRAS CLAVE: mal, transgresión, oscuridad, surrealismo, modernidad, perversión, incesto, crueldad, Ernesto Sabato, novela argentina.

### SUMMARY

The author reflects on the presence of evil, considered as a transgressing attitude, in the characters of Sabato's narrative universe, especially in Alejandrina and her father, Fernando Vidal Olmos. In addition, to broaden this understanding of evil in Sabato's fiction works the author resorts to academic sources.

KEY WORDS: evil, transgression, darkness, surrealism, modernity, perversion, incest, cruelty, Ernesto Sabato, Argentinean novel.

GEORGE BATAILLE ESTABLECE como principio básico de la creación dos antinomias: el bien y el mal. Para este autor, el bien “se basa en la preocupación por el interés común, que implica de forma esencial la consideración del por-

---

1. En tributo a la memoria del novelista y ensayista argentino Ernesto Sabato, fallecido el 30 de abril de 2011, *Kipus* publica este artículo del académico y escritor ecuatoriano Vicente Robalino (N. del E.).

venir” , mientras que el mal implica “una voluntad decidida de ruptura con el mundo, para abarcar de mejor manera la vida en su plenitud y descubrir en la realidad artística lo que la realidad niega” (Bataille, 1971: 27).

Si examinamos la actitud de Juan Pablo Castel y la de Fernando Vidal, podremos darnos cuenta de que los dos narradores-personajes elaboran un discurso transgresor, a contracorriente de la norma, del “bien”. Por ejemplo, Juan Pablo Castel afirma: “me caracterizo por recordar perfectamente los hechos malos” y, así, casi podría decir que “todo tiempo pasado fue peor, si no fuera porque el presente me parece tan horrible como el pasado” [...] (Sabato, 1983: 61). Fernando Vidal muestra una actitud similar: “He tenido experiencias espantosas, pero precisamente por eso deseo atenerme a los hechos, aunque estos hechos proyecten una luz desagradable sobre mi propia vida” (Sabato, 1984: 254.)

Esta actitud transgresora nos lleva a concluir que, efectivamente, estos dos personajes-narradores se hallan imbuidos en el mal; sin embargo, su “actitud maldita” se encuentra en su propia individualidad; por lo tanto, la ruptura se da como evasión del individuo hacia su propio “yo”. Por esta razón algunos críticos han explicado el carácter maldito de la obra sabatiana acudiendo a los traumas infantiles del autor.

En el “Informe sobre ciegos” encontramos, igual que en *El túnel*, la “estética del mal” representada mediante un lenguaje “sugestivamente repugnante”, formado por imágenes zoológicas. Es fácil remitirnos a *Los cantos de Maldodor*, del Conde de Lautréamont y, en general, a la literatura surrealista como antecedentes del lenguaje del mal, utilizado, entre otros, por Sabato.

El motivo del mal, asociado a la ceguera, recorre cada una de las novelas sabatianas. Así en *El túnel* se presenta de manera explícita cuando Juan Pablo Castel opina sobre los ciegos: “Debo confesar ahora que los ciegos no me gustan nada y que siento delante de ellos una impresión semejante a la que producen ciertos animales fríos, húmedos y silenciosos, como las víboras” (Sabato, 1983: 95.) La repulsión que siente Juan Pablo Castel por los ciegos se relaciona con la imagen de Allende, el esposo de María Iribarne: “A pesar de que tenía los ojos abiertos, me di cuenta que era ciego” (Sabato, 1983: 92-93). En *Sobre héroes y tumbas*, los ciegos, la ceguera y el mal se desarrollan plenamente en el “Informe...”; mientras que en *Abaddón...* estos motivos, en especial el de la ceguera, se sintetizan. Para Frankenthaler, “la ceguera se presenta en *Abaddón el exterminador* como otra vertiente de la oscuridad, como parte de la negrura que choca contra la luz”. En este sentido, no es de extrañar que Fernando Vidal, en su niñez, haya

experimentado con un “gorrión, sacándole los ojos con la punta de una tijera para ver cómo volaba sin ojos” (Frankenthaler, 1983: 551.)

Los motivos que giran en torno a la ceguera y al mal son recurrentes en diversas fuentes críticas sobre la obra narrativa de Sabato. En términos generales, es común encontrar que los críticos de la literatura relacionen el mal y la ceguera con la estética del romanticismo, del simbolismo y el surrealismo: “Hablar de los vínculos de la poética de Sabato con el simbolismo, aun con el surrealismo, solo es posible en la medida en que estos movimientos participan del espíritu romántico en su faceta más tormentosa y nocturna” (Lojo, 1997: 135). En este mismo sentido se orienta el estudio crítico de Graciela maturo, quien afirma que la obra de Sabato sigue la misma línea que “las grandes creaciones de Goethe, Baudelaire, Rimbaud, Nerval y la gran novela contemporánea de Europa y América” (Maturo, 1983: 611). Asimismo, esta crítica añade a su interpretación sobre la ceguera y el mal sabatianos, el mito de la catábasis o el descenso a los infiernos, mito que, igualmente retoma Blas Matamoro: “El episodio dominante en Sabato es el de la catábasis. Es sabido que todo relato heroico sobre el modelo de las iniciaciones y que la prueba de las pruebas, en el trámite iniciático, es la prueba de la muerte, descenso al mundo de los muertos o viaje al más allá (catábasis)” (Matamoro, 1983: 485.)

De esta manera, el carácter demoníaco de Fernando Vidal ha sido definitivamente determinado por la crítica; sin embargo, es muy poco lo que se ha dicho acerca de las relaciones que existen entre la ceguera y el contexto social. Por esta razón, más que hablar de un infierno metafísico sabatiano, debemos referirnos a un infierno social. Lleno de antinomias y donde los personajes del mundo narrativo de Sabato pagan las culpas de una modernidad incipiente, de una “civilización” que no se ha despojado de la “barbarie”.

Dentro de esta conflagración de los personajes sabatianos, en relación con el mal, Alejandra es el personaje que encarna el mayor número de dualidades, pues al ser la princesa-dragón, el bien y el mal habitan en ella al igual que en su padre, Fernando Vidal. Alejandra es la inocencia y, al mismo tiempo, la perversión; es capaz de sentir el amor más grande y sublime, así como el odio más cruel y encarnizado. En definitiva, este personaje puede inspirar en el lector la pasión más conmovedora y, simultáneamente, la más baja y vil. No es de extrañar, pues, que a este personaje se le haya vinculado con Melusina: “Como mujer inasible, que es la misma y siempre diversa y plural, que carga con su fatalidad a flor de tierra pero también bajo tierra. Alejandra nos remite al mito de la Melusina, la mujer serpiente-devoradora, el origen del espíritu impuro”

(Olguín, 1998: 111). En efecto, el sino trágico de Alejandra la enfrenta con la destrucción y autodestrucción: mata a su padre, incendia el lugar donde lo dos estaban y se suicida. Quizá, en el fuego purificador, Alejandra encuentra su redención: “la gente le resulta inmundada, y solo quiere estar sola frente a la naturaleza. Su cuerpo no se despierta sino que estalla y su ideal es el martirio, esto es, destrozarse la carne” (Dellepiane, 1970: 154).

La complejidad de Alejandra radica no solo en su estructura antinómica, sino también en los vínculos que establece con los demás personajes. Así, con Fernando Vidal Olmos, su padre, comparte la misma concepción del mal, pues ambos han mantenido una relación incestuosa durante años: “Otro indicio útil de descartar es que uno de los signos de desagrado de Alejandra, por algo o alguien, era dibujar pájaros. Esos pájaros son los mismos de sus sueños; pero lo interesante es que Fernando también participa de esa atracción por las inofensivas aves, aunque para destruirlos y hacerlos sufrir, para pincharles los ojos y verlos volar impotentes y enloquecidos” (Dellepiane: 158). Así, la imagen perversa y los punzantes sentimientos de culpa del padre, se refractan en su hija. El padre es una metáfora de su hija y viceversa, porque su unión rebasa los lazos consanguíneos, los dos participan de un mismo secreto: el incesto. Este tabú los conduce, entonces, a buscar desesperadamente la catarsis purificadora. Al respecto señala Georgescu: “El Apocalipsis como acto efectivo, purificador, desempeña el papel decisivo en el fin fatídico de Alejandra y Fernando, que perecen en un doble incendio, interior y exterior. Su realización artística estriba en la idea más asequible de expiación del mal, de expulsión de los demonios” (Georgescu, 1983: 631).

No menos tormentosa es la relación amorosa que mantiene Alejandra con Martín, pues, para él, ella se presenta como un ser enigmático, indescifrable; cada encuentro, lejos de afirmar la relación, la vuelve irrealizable: “Como si una chica que todavía juega con las muñecas fuera al propio tiempo capaz de espantosas sabidurías de viejo; como si horribles acontecimientos la hubiesen precipitado hacia la madurez y luego hacia la muerte sin tener tiempo del todo para abandonar atributos de la niñez y de la adolescencia” (Sabato, 1984: 25). Quizá Martín sea el personaje que perciba con mayor intensidad la actitud antitética y contradictoria de Alejandra. Martín en este intento por tratar de explicarse quién era en realidad la ya difunta “princesa-dragón”, conversa con Bruno, su amigo y guía espiritual. A Bruno la imagen de Alejandra le recuerda otra, la de Georgina: “Yo también a mi manera estuve enamorado de Alejandra, hasta que comprendí que era a su madre Georgina a quien había querido, y

que, al rechazarme, me proyectó sobre su hija.” (Sabato: 382). La imagen de Alejandra atraviesa el tiempo y el espacio para refractarse en otra mujer, a quien, a su vez, desata en Bruno sentimientos similares a los que Alejandra despertó en Martín. No obstante, este círculo de refracción de Alejandra se extiende a otros personajes femeninos: María Iribarne, de *El túnel* y Agustina Izaguirre, de *Abaddón*.

En la actitud impredecible de Alejandra, se enfrentan, de manera constante, categorías que forman oposiciones: bien y mal, día y noche, tristeza y alegría. Volvemos a encontrar una verdadera actitud de ruptura que llega a su cúspide cuando este personaje niega la existencia de Dios, actitud solo comparable con la de su padre, Fernando Vidal. Además, los hechos que constituyen la infancia de Alejandra no están exentos de una gran dosis de crueldad. Así lo testimonia la actitud perversa de este personaje con Marcos Molina y con el propio Martín: “Para mí, el goce más grande que podía sentir era el de morir en una forma martirizada. Me imaginaba cómo los salvajes nos agarraban, cómo me desnudaban y me ataban a un árbol con sogas” [...] (Sabato: 56). Hay en este personaje, como en Fernando Vidal, un “especial goce” con el dolor del otro.

De esta manera, dentro de la concepción del mal, presente en las novelas de Sabato, nos encontramos con el concepto de la crueldad, propio del pensamiento y la literatura modernas, y desde luego, del sujeto escindido: “La crueldad individual es vivida por lo tanto como una consecuencia de esa crueldad primera infligida al hombre que busca reencontrar su ser” [...] (Dumolié, 1996: 28). Dumolié también nos explica los sentidos metafóricos del concepto de crueldad, que pueden ser aplicados al universo narrativo sabatiano: “la crueldad como metáfora de la vida subraya la imposibilidad para el hombre de estar de acuerdo con el mundo y consigo mismo” (Dumolié: 32).

En efecto, en torno al mal, y concretamente a la crueldad, se construye todo un sistema metafórico que se reitera a lo largo de la narrativa de Sabato, sobre todo en el “Informe”. Así resulta inapropiado tratar el motivo de la crueldad solo como un concepto tomado de la realidad, susceptible de indagación psicoanalítica, tal como lo han hecho algunos críticos. ✱

Fecha de recepción: 6 junio 2011

Fecha de aceptación: 18 julio 2011

## Bibliografía

- Bataille, George, *La literatura y el mal*, Madrid, Taurus, 1971.
- Dellepiane, Ángela, *Sabato, un análisis integral de su narrativa*, Buenos Aires, Editorial Nova, 1970.
- Dumolié, Camille, *Nietzsche y Artaud, por una ética de la crueldad*, México, Siglo XXI, 1996.
- Frankenthaler, Marlyn, “El claroscuro como ambiente totalizador en *Abaddón el exterminador*, de Ernesto Sabato”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, No. 391-393, enero-marzo, 1983, pp. 551-569.
- Lojo, María Rosa, *El símbolo: Poéticas, teorías, metatextos*, México, UNAM, 1997.
- Maturo, Graciela, “Sabato, la búsqueda de la salvación”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, Nos. 391-393, enero-marzo, 1983, pp. 602-620.
- Matamoro, Blas, “En la tumba de los héroes”, en *Cuadernos hispanoamericanos*, Nos. 391-393, enero-marzo, 1983, pp. 485-497.
- Olguín, David, *Ernesto Sabato: ida y vuelta*, México, UAM, 1988.
- Sabato, Ernesto, *El túnel* (edición e introducción Ángel Leiva), Madrid, Cátedra, 1984a.
- *Sobre héroes y tumbas*, Barcelona, Seix-Barral, 1984b.
- *Abaddón el exterminador*, Buenos Aires, Sudamericana, 1974.